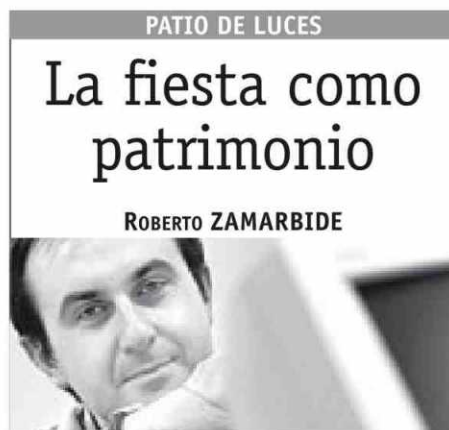




TRES días con sus tres noches es tiempo suficiente para retirar los vasos y las botellas, limpiar los charcos de calimocho, remontar la resaca, recuperar el sueño y hacer la colada con la ropa sucia de sudor y cerveza derramada. Suficiente para reponer el almacén de bebidas, reparar ese cristal roto y barrer la porquería de los rincones. Y suficiente también para reflexionar sobre los beneficios y las desventajas que reporta a la ciudad una macrofiesta callejera como la Nochevieja Universitaria, que el jueves por la noche volvió a atraer a decenas de miles de jóvenes y o tan jóvenes a las calles y establecimientos de la capital.

Hostales, bares o taxis han hecho balance de caja este fin de semana y, por lo declarado, parece que las cuentas salen. Nadie con dos dedos de frente puede esperar que este tipo de fiesta, en la que el protagonista medio llega en autobús con dos dueros y se va horas después sin haber pasado por un cajero automático, sea la panacea para la hostelería. Tampoco la "NU" puede ser considerada el mejor ejemplo del turismo de calidad y reposado que nuestras instituciones pretenden vender cada año en las ferias INTUR o FITUR. Nada que ver con eso. Pero para atraer turistas que se alojen en nuestros hoteles, paguen en nuestros museos y descubran las maravillas de la provincia, siguen estando disponibles los restantes 364 días del año.

No faltan las voces críticas. Resulta sencillo arremeter contra una fiesta cuyos principales valores son la juerga sin protocolos, la toma de la calle y la bebida a man-



Si la seguridad y la limpieza funcionan y no hay incidentes graves, lo que trasciende es una imagen de diversión asociando a Salamanca al concepto de ciudad atractiva para el ocio

salva y resultados inevitablemente molestos como suciedad, ruidos y algún que otro destrozo. Los hubo en la Nochevieja Universitaria y sus 40.000 invitados, que vivieron unos pequeños Sanfermines a escala. Este año el Ayuntamiento echó el resto para evitar problemas, después de la desgraciada y fatal cadena de irresponsabilidades del Madrid Arena, y el dispositivo de prevención funcionó. Lo mismo que funciona la fiesta en Pamplona, ejemplo del "todo vale" controlado. Porque si la seguridad está atenta, la limpieza es efectiva y no hay incidentes graves que empañen el acontecimiento, lo que queda de la juerga colectiva y lo que trasciende hacia el exterior es el recuerdo de la diversión, subrayando el con-

cepto de Salamanca asociada a ciudad atractiva para el ocio.

Un vez que la iniciativa se ha consolidado y toma altura y repercusión mediática a nivel nacional, las instituciones han tomado partido con rapidez. Tras la ruptura con la fiesta que propició el anterior alcalde, su sucesor ha querido, también en esto, desmarcarse de aquella tensa gestión saliendo en la foto y subirse a la ola favorable. El respaldo explícito de Mañueco a la Nochevieja Universitaria le ha acarreado, sin embargo, sonoras collejas por parte del grupo político en la oposición, que ha aprovechado para acusarle de arrimar el ascua a su sardina con excesivo descaro, cuando se trata de una iniciativa privada.

Y sobre todo por parte del rector de la Universidad de Salamanca, Daniel Hernández Ruipérez, para quien esta fiesta "sólo beneficia a

la codicia de unos pocos". Se equivoca a mi juicio el rector: Cualquiera le podría reprochar a él, como primer representante de la comunidad universitaria, por no haber salido al paso con igual contundencia de los masivos botellones que se organizan en el centro de la ciudad cada vez que una facultad celebra las fiestas de su patrón, que aunque no estén organizadas por la propia institución académica, sí que las inspira. Son igual de poco ejemplarizantes, pero ahí el rector calla, y por tanto otorga.

Todas las tradiciones festivas nacieron con detractores y arrastran críticas. Sería bueno que entre todos lográsemos hacer de la Nochevieja Universitaria una especie de patrimonio lúdico de la ciudad.